



MANUEL
GAMELLA

VINOS

TODA INICIACIÓN es una aventura. Que se lo pregunten si no a don Segundo Marey, la primera víctima de secuestro por los GAL, un hombre abstemio por ignorancia, a pesar de vivir en una región tan aficionada al buen vino como el sur de Francia, hasta que como él mismo declara ahora con estremecedora sinceridad: "(los guardianes) me dieron un vaso de vino...yo no bebía vino...es ahí que he empezado a beber vino, porque me gustó".

Una vez que los GAL están disueltos y juzgados, y que ETA acaba de suspender, ojalá que para siempre, sus desmanes, hay que esperar que nadie aquí tenga que introducirse en este hábito por vías tan traumáticas. Pero aunque sea de maneras muy distintas, para miles de personas que cada año se inician en la bebida, la experiencia supone también una combinación azarosa de riesgos amenazadores y de felices descubrimientos.

El problema resulta precisamente más agudo en el caso más frecuente, el de los jóvenes y adolescentes, cuya iniciación nos afecta además muy de cerca cuando se trata de nuestros propios hijos. Lo primero que cabe considerar a este respecto es que para gran parte de los adultos, sobre todo los más adultos, el recuerdo de la lejana experiencia propia tiene poco que ver con la práctica actual. Y es que en apenas una o dos generaciones ha habido en este país una serie de cambios sociales y culturales que han transformado esencialmente las formas de acercamiento de los jóvenes al mundo del vino y de las bebidas alcohólicas en general.

Tradicionalmente, como muchos podemos recordar, el consumo de vino con las comidas solía ser una práctica familiar a la que los niños ya mocitos se iban incorporando progresivamente a medida que crecían. Era frecuente diluir para ellos el vino con agua, gaseosa o sifón, lo que permitía una dosificación controlada, al



tiempo que se veía bastante normal que pudieran probar algún sorbo de los vinos o espumosos especiales que la familia tomaba en ocasiones festivas, por no hablar de modas más curiosas, como la de suministrarles pequeñas cantidades de vinos fortificados y quinados que se consideraban beneficiosos para su apetito y desarrollo. Todas estas prácticas, aunque en algún caso pudieran caer en excesos, ayudaban a alcanzar la edad de mayores libertades con conocimientos propios sobre los gustos y efectos de estas bebidas, lejos de la morbosidad que suele ir de la mano con lo extraño y lo prohibido.

La evolución de nuestra sociedad en los últimos lustros ha ido modificando generalmente este patrón, debido básicamente a los efectos de dos tendencias culturales. Por un lado el crecimiento notable de la preocupación social por temas relacionados con la salud, la higiene alimentaria y los peligros de las sustancias consideradas como drogas, ha provocado cambios significativos en los hábitos familiares de comida y bebida. Como consecuencia el consumo de vino, asociado a menudo con una cocina más calórica y con la imagen de peligrosidad de las bebidas alcohólicas, va siendo

cada vez más apartado radicalmente de los más jóvenes dentro del medio familiar, en un intento de evitarles así los temidos riesgos sanitarios.

Por otro lado han aumentado simultáneamente los grados de libertad y de poder adquisitivo medio de nuestros jóvenes, permitiendo el desplazamiento desde unos hábitos de bebida caseros, centrados en las comidas familiares, a otros más callejeros, centrados en el ocio dentro del grupo de amigos. Este desplazamiento explica en buena medida que, a pesar de que el consumo medio de vino ha caído drásticamente en España, al menos desde los años 60, la incidencia de los casos de alcoholismo juvenil vaya en aumento.

Como ya se ha dicho otras veces en estas páginas, España consume hoy más o menos la mitad de vino por habitante que Francia, o que el propio país hace 40 años y, anecdóticamente, menos también que naciones tan poco esperables como Suiza, Luxemburgo o Argentina. Sin embargo, según una encuesta realizada por el CSIC entre escolares españoles, a los 15 años alrededor de un sesenta por ciento de los chicos y más de un cuarenta de las chicas se habían emborrachado ya alguna vez, y alrededor de un diez por ciento admitían haberlo hecho más de diez veces. Realmente la relación entre las tasas de alcoholismo, tanto juvenil como adulto, y el vino es cada vez menor, ante la importancia y la mayor contundencia a estos efectos del consumo de bebidas fuertes (destilados), en cuyas estadísticas sólo nos ganan ya claramente algunos países del este de Europa.

No soy experto en educación ni en sanidad, por lo que no voy a atreverme a dar consejos detallados para las diversas situaciones problemáticas que se producen actualmente en los procesos de iniciación juvenil al vino y al alcohol. No me resisto, sin embargo, a aventurar alguna opinión en el sentido de afirmar la responsabi-

lidad de los adultos en la educación de los menores, también en estas cuestiones del gusto y de los efectos de lo que puede ingerirse. No creo que sea una buena política la meter en el mismo saco ante los jóvenes todas las "drogas", desde el café o el vino, hasta la cocaína o la heroína. Pueden llegar a sentir que, puestos a trasgredir un poco, qué más dará un chato que un chute. Creo que vale la pena volver a encontrar formas coti-

dianas y familiares para poder compartir gradualmente con nuestros adolescentes el descubrimiento de las sensaciones valiosas de la vida, distinguiendo en cada caso los beneficios y los riesgos.

Como en un anuncio televisivo de ciertos caramelos, yo todavía recuerdo el día en que mis mayores me dieron a probar unos tragos de vino con sifón. Me pareció amargo y seco, pero fue un principio oportuno para

una exploración personal que me ha proporcionado múltiples satisfacciones. La alternativa ahora son cosas como los infames *kalimochos* que ilegalmente venden por ahí a cualquier quinceañero, que se va aficionando porque está dulce, sabe a coca-cola y le coloca con sus coleguillas. Y desde luego, aún no conozco a ningún joven (ni adulto) que haya acabado alcohólico enganchado a vinos con denominación. ■



JUAN JOSÉ
GONZÁLEZ

JAZZ Y MÁS

CLAUDE DEBUSSY (1862-1918) fue un compositor francés de capital importancia en la transición musical que supuso el paso del siglo XIX al XX, transición que partía de más atrás: de los hallazgos (disolución de la armonía, etc.) que el genial alemán Richard Wagner (1813-1883) había mostrado con su ópera "Tristán e Isolda", terminada en 1859. Como inciso, también os recomiendo escuchar alguna versión de la última obra de Wagner: la ópera "Parsifal" (1882) que, en la misma línea que la anterior, tiene coros, cosa que no hay en el Tristán.

La influencia de Wagner en Debussy se nota bastante (por ejemplo, en la "Suite Bergamasque", que contiene el famoso "Claro de Luna") hasta que éste cumple 20 años de edad. Después se despierta cada vez más la propia personalidad de

Debussy con la música que compone, más que impresionista (como se ha abusado en definirla) propia del "Art Nouveau" (En España: "Modernismo"). Podríamos considerar a Debussy como un Gaudí de la música,

ambos con influencias orientales. Es conocido que Debussy se entusiasmó con los ballets de Java, que vió en París.

Tanto Debussy como un seguidor suyo, el vasco-francés **Maurice**

Ravel (1875-1937) estuvieron a punto de traspasar la raya que separa la tonalidad de la atonalidad, pero no lo hicieron. Debussy, atraído por la música de España, influyó, a su vez en Manuel de Falla. Aprovecho este detalle para reflexionar sobre la llamada música nacionalista que, de autóctona, en muchísimos casos tiene sólo parte y, podríamos llevarnos muchas sorpresas si indagásemos su origen. A modo de ejemplo, Cristóbal Halffter ha hablado de la influencia de la música sufí en "Tristán e Isolda", a través de España y, en particular, a través de Raimundo Lulio. En resumen: cada vez pienso más que la música

